

HISTORIA DE UNA COBARDÍA

María Luisa Lázaro

Coincidieron un día cualquiera, reflejados en el fondo anónimo de un escaparate, su melena aleonada y su barba dulce. Pero evitaron que coincidieran también sus miradas. Se apretaron un poco más contra sus respectivas parejas, como si buscaran inconscientemente un escudo que les protegiera, y se alejaron cada uno por su lado, con el nítido peso de la mutua presencia, delatado por una súbita efervescencia parlanchina.

Dice Lucía que en aquel momento no sintió nada especial, si acaso un leve cosquilleo incómodo en la nuca, que duró sólo un instante. Pero, a lo largo de la semana siguiente, se fue llenando de recuerdos, que le produjeron una ternura nostálgica imprevista que la empujó, sin propósito determinado, a marcar un número de teléfono que creía olvidado y que, sin embargo, no tuvo que buscar en la guía.

Gaspar dice que no pudo evitar mirarla un instante, cuando supo que ya no lo veía, su espalda junto a aquella otra espalda desconocida, y que tuvo que buscar los ojos mortificadores de penas antiguas de Ella para recuperar la equilibrada desesperanza que había logrado construir en los últimos años. Desesperanza a la que se le escaparon tres letras en el mismo momento en el que reconoció la voz de Lucía al otro lado del teléfono unos días después.

Coincidieron a una hora cualquiera, en el bar de siempre, y se reconocieron su melena aleonada y su barba dulce. Pero esta vez buscaron también la coincidencia de sus miradas. Se apretaron el uno contra el otro y aunaron los caminos, con la cálida confianza de dos viejos amigos reflejada en la placidez de una conversación pausada.

Dice Lucía que aquella noche debieron de hablar de muchas cosas,

pero que sólo recuerda las calles vaciándose poco a poco y las farolas que se encendieron súbitamente para apagarse muy poco después, cuando las mangueras, inundando las aceras de charcos fugaces y los autobuses chirriantes, conductores de bostezos madrugadores a destinos demasiado ciertos, los sorprendieron, devolviéndoles el tiempo y el espacio.

Gaspar dice que cedió a la tentación de deslumbrarla, y le habló de su estancia americana, del corto que había rodado y de su inminente estreno. Aquella noche creyó sentirla, como siempre la quiso, pendiente de sus palabras, con los ojos muy abiertos fijos en él y con un punto de sorprendida admiración en su fondo pardo. Pero, sobre todo, sintió, recordados, la proximidad de su cuerpo, su olor a violetas y su melena rebelde rozándole la cara. Cuando se separaron, en la esquina ingrata, con promesas vagas de reencuentros futuros, él ya los había decidido inmediatos.

Coincidieron a un lado del cristal su barba dulce, expectante, al otro, sorprendida, su melena aleonada. Gaspar sujetaba entre los brazos excusas en forma de libro que la sonrisa cómplice de Lucía hizo innecesarias. Superaron el cristal que los separaba e hicieron juntos un trozo del camino, escuchando con los ojos más de lo que decían las palabras, cuya trivialidad desmentían gestos de ternura inacabados.

Dice Lucía que aquel atardecer la puerta opaca de la EAJ 101 no logró borrar de sus ojos la imagen de Gaspar al cerrarse, y que le pareció que de pronto el mundo entero se había hecho de cristal. No importaba hacia dónde dirigiera la mirada, la imagen de Gaspar seguía allí, reflejada. Y sintió miedo, un miedo atroz. Cualquier paso en falso podría romper la fragilidad cristalina de ese mundo nuevo, que se le estaba haciendo imprescindible por momentos, y, qué sería entonces la imagen de Gaspar y de sus propios ojos. Escapó de puntillas, protegiendo entre las manos la mejor de las imágenes, hacia la solidez prosaica de una realidad menos arriesgada.